

Antoine Prost

Colección dirigida por:
Pedro Ruiz Torres, Sergio Sevilla y Jenaro Talens

Doce lecciones sobre la historia

Edición y traducción de Analet Pons y Justo Serna

FRÓNESIS
CÁTEDRA S
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Las preguntas del historiador

Sin hechos no hay historia, como no la hay sin preguntas, de modo que éstas ocupan un lugar capital en su construcción.

En efecto, la historia no puede ser definida ni por su objeto ni por sus documentos. Como hemos visto, no existen hechos históricos por naturaleza, puesto que el abanico de hechos potencialmente históricos es ilimitado. Podemos hacer —y hacemos en la práctica— historia de todo: del clima, de la vida material, de las técnicas, de la economía, de las clases sociales, de los ritos, de las fiestas, del arte, de las instituciones, de la vida política, de los partidos políticos, del armamento, de las guerras, de las religiones, de los sentimientos (el amor), de las emociones (el miedo), de la sensibilidad, de las percepciones (los olores), de los mares, de los desiertos, etcétera. Son las preguntas las que construyen el objeto histórico, procediendo a un recorte original del universo ilimitado de los hechos y de los documentos posibles. Desde un punto de vista epistemológico, la pregunta, pues, desempeña una función fundamental, en el sentido etimológico del término, dado que es la que funda, la que constituye el objeto histórico. En cierto sentido, una historia vale lo que valgan sus interrogantes. De ahí la importancia y la necesidad de plantearse la pregunta de la pregunta.

¿QUÉ ES UNA PREGUNTA HISTÓRICA?

Preguntas y documentos

La pregunta del historiador no es ingenua. No es lógico, por ejemplo, que se interroge sobre el sentido de la naturaleza que tenía el hombre de Cromañón, pues sabe que, sin huellas, la cuestión es ocio-

sa. Por tanto, ocuparse de eso sería perder el tiempo. Con las preguntas —que son las que permiten construir los hechos—, el historiador puede hacerse una idea de las fuentes y de los documentos que le permitirán resolverlas, es decir, se hará una primera idea sobre la forma en que podría tratar estos últimos. «Cada vez que el historiador hace una pregunta —escribe R. G. Collingwood— (...), ya tiene en la mente una idea preliminar y como de ensayo de la prueba histórica que podrá emplear (...). Hacer preguntas a las que no se ven posibilidades de respuesta es el pecado fundamental en la ciencia, como en la política dar órdenes que no se cree serán obedecidas (...)»¹.

No hay preguntas sin documentos. Un historiador no se plantea jamás una «simple pregunta», incluso aunque se trate de una pregunta simple. Sus interrogantes no están desnudos, sino equipados, puesto que incorporan una idea sobre los documentos y los procedimientos de investigación posibles. Además, comporta un conocimiento mínimo de las diversas fuentes a emplear y una imagen sobre su utilización con unos métodos determinados, métodos para los que otras investigaciones ya han mostrado el camino a seguir... Volvemos así a nuestro particular círculo vicioso: se necesita ser ya historiador para formular una pregunta histórica.

ROBIN G. COLLINGWOOD: PREGUNTAR HISTÓRICAMENTE

Y de todas las cosas perceptibles para él no hay ninguna que no pueda utilizar como prueba histórica en alguna cuestión, si la aborda con la pregunta justa en la mente. El ensanchamiento del conocimiento histórico se produce principalmente por el descubrimiento de cómo utilizar a manera de testimonio histórico esta o aquella clase de hecho percibido, que hasta entonces los historiadores han considerado como inservibles.

Por consiguiente, la totalidad del mundo perceptible es potencialmente y en principio testimonio histórico para el historiador. Se convertirá en testimonio histórico en la medida en que pueda utilizarlo. Y no podrá utilizarlo a menos que lo aborde con la especie

¹ R. G. Collingwood, *The Idea of History*, pág. 281 (trad. esp., pág. 270). (Antoine Prost traduce del inglés los párrafos de Collingwood y los incluye en francés en su propio texto. Sin embargo, reproduce en nota la versión original. En cambio, dada su extensión no hace lo mismo con los textos que introduce en recuadro aparte. Nosotros hemos optado por ahorrarle al lector el original inglés cuando dispongamos de edición castellana. [N. de los T.]).

justa de conocimiento histórico. Mientras más conocimiento histórico poseemos, más podemos aprender de cualquier testimonio histórico determinado; si no poseyéramos ninguno no podríamos aprender nada. El testimonio histórico es testimonio histórico solamente cuando alguien lo considera históricamente.

The Historical Imagination, pág. 19 (trad. esp., págs. 239-240).

Sin preguntas no hay documentos. Son las preguntas del historiador las que consiguen que las huellas que el pasado nos ha legado se conviertan en fuentes y documentos. Antes de que las interroguemos, las huellas del pasado no se perciben como huellas posibles de algo. M. Bloch lo ilustró con un ejemplo muy expresivo: «Antes de Boucher de Perthes abundaban las herramientas de pedernal, al igual que en nuestros días, en la tierras de aluvión del Soma; pero no habiendo quien las interrogara, no había prehistoria»².

Eso supone admitir a la vez que «el documento mismo no existe anteriormente a la intervención de la curiosidad del lector»³, y que todo puede constituir un documento, y es a eso a lo que se acoge el historiador, tal como reza una fórmula definitiva de R. G. Collingwood: «Everything in the world is potential evidence for any subject whatever»⁴. A condición, claro está, de que el historiador sepa como utilizarla. L. Febvre lo sabía muy bien: la parte más apasionante del trabajo del historiador consiste en hacer que hablen las cosas muertas.

LUCIEN FEBVRE: TODO PUEDE SER DOCUMENTO

Indudablemente la historia se hace con documentos escritos. Pero también puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos si éstos no existen. Con todo lo que el ingenio del historiador pueda permitirle utilizar para fabricar su miel, a falta de las flores usuales. Por tanto, con palabras. Con signos. Con paisajes y con tejas. Con formas de campo y malas hierbas. Con eclipses de luna y cabe-

tros. Con exámenes periciales realizados por geólogos y análisis de espadas de metal realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre. ¿No consiste toda una parte y, sin duda, la más apasionante de nuestro trabajo como historiadores, en un constante esfuerzo para hacer hablar a las cosas mudas, para hacerlas decir lo que no dicen por sí misma sobre los hombres, sobre las sociedades que las han producido, y en constituir finalmente entre ellas esa amplia red de solidaridades y mutuos apoyos que suple la ausencia del documento escrito?

Combats pour l'histoire, pág. 428 (trad. esp., págs. 232-233).

La primacía de la pregunta sobre el documento tiene dos consecuencias. Por un lado, nos advierte de que no podemos hacer una lectura definitiva de un documento dado. El historiador nunca agota sus documentos, pues siempre podrá interrogarlos con otras preguntas, siempre podrá hacerlos hablar con otros métodos. Tomemos como ejemplo las declaraciones de sucesión que reposan en los archivos fiscales. Son conocidas las grandes investigaciones que las utilizaron, estudios que vaciaron un amplio muestrario de datos y que permitieron extraer informaciones sobre las fortunas francesas del siglo XIX⁵. Ahora bien, esas fuentes pueden darnos otras cosas: noticias sobre los regímenes matrimoniales y las dotes, si uno se interesa por este tipo de unión, o sobre la movilidad profesional y geográfica... En efecto, en este tipo de declaraciones se hace constar necesariamente el nombre, el domicilio y la ocupación de los herederos, e incluso podríamos, si no dispusiéramos de ninguna otra documentación sobre el tema, extraer datos para un estudio sobre la mortalidad.

Se observa, pues, el papel fundamental que la pregunta ocupa en la construcción del objeto histórico. Las declaraciones de sucesión, por ejemplo, pueden servir como fuente para emprender las investigaciones más diversas. Son las preguntas las que nos permiten hacer una historia de las fortunas o una historia de la movilidad social, y ambas son posibles sobre la base de un mismo documento, partiendo de una se-

² *Apologie*, pág. 26 (trad. esp., pág. 54).

³ H.-I. Marrou, *De la connaissance historique*, pág. 302 (trad. esp., pág. 218).

⁴ R. G. Collingwood, *The Idea of History*, pág. 280 («Todo lo que hay en el mundo es prueba potencial para cualquier tema», trad. esp., pág. 270). Más aún: «Todo lo que se usa como prueba histórica es prueba histórica y nadie sabe lo que va a ser útil como prueba histórica hasta que haya tenido ocasión de emplearla», *ibid.*

⁵ *Les Fortunes françaises au XIX^e siècle*, investigación dirigida por Adeline Daumard con la colaboración de F. Codaccioni, G. Dupeux y J. Herpin, J. Godechot y J. Sentou, Paris-La Haya, Mouton, 1973; y Pierre Léon, *Géographie de la fortune et Structures sociales à Lyon au XIX^e siècle*, Lyon, Université de Lyon-II, 1974.

lección diferente y de un tratamiento distinto. Como es obvio, ello plantea grandes problemas a los archiveros: la falta de espacio les conduce a menudo a expurgar sus fondos de aquellos documentos considerados «inútiles»! ¿Pero cómo saber hoy en día qué tipo de documentos servirán mañana a los historiadores para responder a preguntas que aún desconocen?

En segundo término, la solidaridad indisociable entre la pregunta, el documento y el procedimiento con que lo tratamos explica que la renovación de nuestro cuestionario suponga también una renovación de los métodos y del repertorio documental. No nos extenderemos sobre este punto, que ha sido ilustrado de forma ejemplar por la obra de J. Le Goff y P. Nora: *Hacer la historia*, con los títulos de sus tres sucesivos volúmenes: *Nuevos Problemas, Nuevos Enfoques, Nuevos Objetos*. En la medida en que el historiador se vaya planteando nuevos interrogantes presentará aquellos planos de la realidad que le sea accesible a través de las fuentes, de las huellas, es decir, de los documentos. En el siglo XIX, los investigadores privilegiaron las huellas que se habían preservado por escrito. En el siglo XX se han interrogado tomando los restos arqueológicos para tratar de responder a las preguntas sobre la historia de la vida material; se han interesado por los ritos, los símbolos o las ceremonias porque informan sobre las prácticas sociales y culturales. Las estatuas republicanas, los monumentos funerarios y las campanas de nuestros pueblos se han convertido en fuentes. Preguntamos a los documentos escritos sobre cosas distintas de las que pretendían hablarlos, y ello gracias sobre todo a la adopción de una perspectiva lingüística y al uso de la estadística aplicada al léxico. La investigación oral ha hecho testificar a los supervivientes mudos de la historia. En resumen, y aunque volveremos sobre ello más adelante, el repertorio documental y el arsenal metodológico no cesan de incrementarse para dar respuesta a nuevas preguntas.

Esta renovación del cuestionario, que es el motor de la evolución de la disciplina, no obedece evidentemente al capricho personal de los historiadores. Las preguntas se engarzan unas con otras, se engendran mutuamente. Por un lado, las curiosidades colectivas se desplazan; por otra, la verificación/refutación de las hipótesis da lugar a otras nuevas, y eso ocurre en el seno de teorías que también evolucionan. La investigación se reactiva, pues, de forma indefinida. Más que la relación de los hechos, es el repertorio de preguntas históricas lo que no se puede cerrar: la historia se rescribe continuamente.

Sin embargo, en cada periodo histórico hay preguntas que desaparecen y otras distintas que ocupan su lugar. Las primeras son rebatidas

y desechadas, mientras las segundas se convierten en el centro de las preocupaciones de la profesión. Así, la inserción de determinadas cuestiones en el campo de los problemas vigentes dentro de la corporación es la que determina su estatuto científico. Todas no son igualmente legítimas.

ROBIN G. COLLINGWOOD: CUALQUIER COSA PUEDE SERVIR DE FUENTE

Los datos, por una parte, y los principios de interpretación, por otra, son los dos elementos de todo pensamiento histórico. Pero no existen por separado y sufren entonces una combinación. O existen juntos o no existen. El historiador no puede recoger primero datos e interpretarlos luego. Sólo puede empezar a investigar sobre los datos relacionados con una problema cuando ya lo tiene en su cabeza. Cualquier otra cosa puede servirle en cuanto dato si puede descubrir cómo interpretarla. Los datos del historiador constituyen todo el presente.

El comienzo de la investigación histórica no consiste, pues, en la reunión o contemplación de los hechos puros todavía por interpretar, sino en la formulación de una pregunta que ponga a uno en situación de buscar los hechos que puedan ayudarle a responderla. Toda investigación se centra de esta forma sobre alguna pregunta o problema concretos que definen su objeto. Y la pregunta puede formularse con alguna esperanza razonable de poder resolverla, y de responderla por un pensamiento genuinamente histórico. De otra forma no conduce a ninguna parte, como máximo a un «alarde» inútil, no al foco de una obra histórica. Expresamos esto diciendo que una cuestión se «plantea o no se plantea». Afirmar que una cuestión se plantea supone afirmar que tiene una conexión lógica con nuestros pensamientos anteriores, que tenemos una razón para formularla, y que no estamos movidos por una curiosidad caprichosa.

The Philosophy of History, pág. 14 (trad. esp., págs. 186-187).

La legitimidad de las preguntas

Las preguntas más legítimas para los historiadores son aquellas que, al ser formuladas, hacen «avanzar» su disciplina. Pero ¿qué es lo que eso significa?

Hay muchas maneras de hacer «avanzar» la historia. La más simple es sin duda colmar las lagunas de nuestro conocimiento. Pero ¿qué es una laguna? Siempre encontraremos una localidad cuya historia no haya sido escrita, pero ¿la historia del enésimo pueblo colmaría realmente una laguna? ¿Qué aprenderíamos que no supiéramos ya? Un vacío auténtico no se refiere a un objeto suplementario cuya historia no se haya hecho todavía, sino a aquellas preguntas para las que los historiadores aún no tienen respuestas. Además, como quiera que los interrogantes se renuevan, sucede que las lagunas desaparecen sin haber sido colmadas... Las cuestiones pueden dejar de plantearse incluso antes de haber sido respondidas.

Esta constante tiene dos consecuencias. La primera es que nunca terminamos de escribir la historia. Los investigadores de finales del siglo XIX pensaban que su trabajo era definitivo, pero era sólo una quimera. Es necesario reanudar la historia teniendo en cuenta las nuevas preguntas y los nuevos conocimientos adquiridos. R. G. Collingwood lo señaló de forma pertinente: toda historia es un informe de situación en el que quedan registrados los progresos hechos hasta el presente en relación con el tema que se trata. El resultado es, pues, que toda historia es al mismo tiempo una historia de la historia: «Ésta es la razón por la que cada época debe escribir la historia de nuevo»⁶.

Es decir, la legitimidad de ese trabajo no se extrae directamente de los documentos. Un estudio nuevo, elaborado a partir de documentos de primera mano, puede carecer de interés científico si responde a preguntas que ya no son significativas. Por el contrario, el análisis de un objeto conocido, a partir de los estudios previos de otros investigadores, puede tener gran pertinencia científica si se inscribe dentro de un planteamiento innovador. A los ojos de los historiadores, una pregunta es plenamente legítima si se incluye dentro de un conjunto de otras, paralelas o complementarias, que se combinan a su vez con sus posibles respuestas, y de entre las cuales el trabajo sobre los documentos es lo que nos permitirá elegir. Así pues, una cuestión histórica es aquella que se inscribe dentro de lo que llamamos una teoría.

El estatuto de la biografía histórica nos proporciona un buen ejemplo para ilustrar este problema de inserción dentro del campo científico. La biografía era plenamente legítima para la historia política. Sin embargo, para los *Annales* carecía de interés, puesto que no permitiría entender los grandes entramados económicos y sociales. Interrogarse

por un hombre, que es necesariamente una persona conocida pues un individuo anónimo apenas deja huellas, supondría derrochar un tiempo precioso que se podría haber empleado con mayor provecho, por ejemplo, para analizar la oscilación de los precios o para delimitar el papel de grandes actores colectivos como la burguesía. Entre los años 50 y 70, la biografía, individual y singular por definición, fue sacrificada en beneficio de una historia científica que se reclamaba general. Pero atendía a una demanda del público. Así, aparecieron grandes colecciones que obtuvieron un éxito rotundo. Los editores solicitaron el concurso de los historiadores y éstos, seducidos por el afán de notoriedad —acudir al programa de Pivot⁷— y atraídos por los derechos de autor, aceptaron el trabajo de encargo. A su vez, la configuración teórica de la disciplina cambiaba. La promesa de una historia sintética, de una historia total, que permitiera una comprensión global de la sociedad y de su evolución, se esfumaba. Era más atractivo comprender, a partir de casos concretos, cómo funcionaba la sociedad, la cultura o la religión. En este nuevo contexto, la biografía mudaba de estatuto y recobraba su legitimidad. De todos modos, ya no era exactamente la misma biografía, ahora ya no se ocupaba exclusivamente de los «grandes» hombres: su pretensión no era tanto determinar la influencia de un individuo sobre los acontecimientos que le rodearon como comprender, a través de él, la interferencia de lógicas y la articulación de redes complementarias.

Es evidente que el abanico de preguntas que consideramos legítimas es cambiante, de forma que su definición nos indica lo que está en juego dentro de la profesión histórica, pues las posiciones de poder dentro de la corporación permiten a quien las detenta decidir cuáles son las cuestiones pertinentes. Las revistas, que aceptan o rechazan los artículos que reciben, son uno de esos lugares de poder, de ahí su im-

⁷ Para millones de franceses, el nombre de Bernard Pivot se asocia con el mundo del libro. Empezó como productor en 1973 con el programa de la ORTF *Ouvrez les guillemets*, aunque lo que le convirtió en un auténtico factótum fue la emisión de *Apostrophes*, espacio que se mantuvo entre 1975 y 1990, primero en Antenne 2 y luego en France 2. Además, junto con Jean-Louis Servan-Schreiber, fue el impulsor de la revista literaria *Lire*, una publicación que ha llegado a vender más de cien mil ejemplares y que Pivot abandonó en 1993. En la actualidad, y desde 1991, continúa su labor en *Bouillon de culture*, un programa que emite cada noche de los viernes La Cinquième. Bien podría decirse que una historia del libro en Francia, por lo que a los últimos veinticinco años se refiere, no podría escribirse sin tener en cuenta el trabajo y la autoridad de Pivot, pero tampoco la de la televisión, donde existen muchos otros programas de semejante factura nacidos a imagen de los que él ha presentado y presenta. (*N. de los T.*)

⁶ R. G. Collingwood, *The Philosophy of History*, pág. 15 (trad. esp., pág. 188).

portancia en la historia de la disciplina. La polémica de los *Annales* contra la historia historizante es un buen ejemplo de los conflictos que atraviesa la profesión cuando trata de definir las preguntas legítimas. Del mismo modo, a finales de los años 70, hubo otra confrontación entre quienes defendían la autoproclamada «nueva» historia y aquella otra que ellos consideraban tradicional. Estos grupos, más o menos consistentes y diversamente constituidos, se enfrentaron en debates teóricos en los que se dirimía la hegemonía científica dentro de la profesión, hegemonía que reportaba ventajas materiales y simbólicas tales como la influencia sobre las carreras académicas o la transmisión de las plazas más prestigiosas. En este sentido, los conflictos científicos devienen un tipo particular de conflictos sociales. Designamos correctamente este doble aspecto cuando nos referimos a la existencia de un «conflicto de escuelas», dado que el término «escuela» alude a la vez a un grupo de oficientes y a una teoría sobre la que funda su identidad.

La pluralidad de polos en torno a los que se organiza la profesión, así como su apertura a los historiadores foráneos, evita que estos conflictos, por lo demás silenciosos, desemboquen en un verdadero dominio de unos sobre otros. En cualquier caso, contribuyen a hacer evolucionar la configuración de las cuestiones pertinentes, suscitan «modas» historiográficas y generan trabajos inspirados por los mismos problemas que están en discusión. Es decir, constituyen un factor importante de la historicidad de las propias preguntas históricas.

Ahora bien, la historia de las preguntas históricas no es sólo la historia, científica y social, que producen las distintas «escuelas». No obedece exclusivamente a los factores internos de la profesión, sino que se inserta en una sociedad para la que trabaja y que le permite vivir. Por otro lado, está compuesta de individuos, cada uno de los cuales tiene sus propias razones para hacer historia. Las preguntas que hacen los historiadores no surgen sólo en el seno de la profesión sino dentro de una sociedad y a partir de personas concretas. Una doble polaridad, pues, que debemos explorar.

EL ARRAIGO SOCIAL DE LAS CUESTIONES HISTÓRICAS

Pertinencia social y pertinencia científica

Desde un punto de vista científico, no todas las producciones que llamamos históricas y que ofrecemos a nuestros contemporáneos son igualmente admisibles.

Las hay que cumplen una función de entretenimiento. Persiguen un extrañamiento en el tiempo, un exotismo análogo al que procuran, en lo que al espacio se refiere, las revistas de divulgación geográfica. Se trata de esa historia que triunfa en los medios de comunicación y que se vende en los quioscos de las estaciones. De todos modos, su función social no es desdeñable ni inocente, al mismo nivel que los reportajes de *Paris-Match* sobre la familia real del principado de Mónaco o los catálogos de las agencias de viajes. Esta historia anecdótica, interesada por la vida privada de los príncipes de antaño, por los crímenes sin resolver, por los episodios espectaculares o por las costumbres extrañas, carece de interés para los historiadores. La historia mediática no es descalificada por sus métodos, que pueden perfectamente respetar las reglas de la crítica, sino por las preguntas que se plantea, que son inanes.

No obstante, conviene destacar el poder social que la profesión histórica ejerce aquí. ¿Con qué derecho afirmamos que los amores de Madame de Pompadour o el asesinato de Darlan son cuestiones fútiles, mientras que merecen ser tratados temas como los mineros de Carmaux (R. Trempé), la representación de la playa (A. Corbin) o el mundo del libro en el siglo XVIII?⁸ Es la profesión histórica la que decide que tal o cual historia sea la admisible y la que determina los criterios de valoración, del mismo modo que la profesión médica rechaza o reconoce el valor sanitario de la vacunación o la homeopatía. Hay allí un poder efectivo, y son los historiadores dominicales⁹ quienes corren con el gasto.

Hay otras cuestiones pertinentes desde un punto de vista social. Así, por ejemplo, no es baladí que la televisión o la prensa conmemo-

⁸ En primer lugar, François Darlan (1881-1942) fue almirante francés asesinado en Argel en diciembre de 1942. En febrero de 1941 fue designado vicepresidente del Consejo de Ministros, teniendo a su cargo también las carteras de Asuntos Exteriores y de Interior. En abril de 1942, no obstante, sería relevado por Pierre Laval y nombrado comandante en jefe de las fuerzas armadas. Por otra parte, las referencias concretas dadas por Prost son las siguientes: A. Corbin, *Le Territoire du vide. L'Occident et le désir du rivage, 1750-1840*, París, Flammarion, 1990 (trad. esp., *Territorio del vacío*, Barcelona, Mondadori, 1993) y M. Trempé, *Mineurs de Carmaux*, París, L'Atelier, 1989. (*N. de los T.*)

⁹ El término hace alusión a quienes escriben textos de divulgación, textos que acostumbra a aparecer editados en los periódicos y revistas que se publican los fines de semana. De hecho, ese apelativo es común en Francia y, como se sabe, sirvió para que P. Ariès titulara en 1946 uno de sus libros (*Un historien du dimanche*, París, Seuil, 1980). En castellano, se ha traducido precisamente como «historiador de fin de semana». Cfr. R. Chartier, «La amistad de la historia», en P. Ariès, *El tiempo de la historia*, Buenos Aires, Paidós, 1988, pág. 10, por ejemplo. (*N. de los T.*)

ren el desembarco de Normandía o la aplastante derrota de Vercors¹⁰. Las cuestiones que se plantean no son nuevas y, a los ojos de los profesionales, tales producciones mediáticas no hacen «avanzar» la historia. ¿Por qué el desembarco se hizo en esas playas? ¿Por qué los alemanes no reaccionaron de forma más rápida y masiva? Los historiadores conocen la respuesta, pero resulta socialmente útil exponerla o recordarla con ocasión de un cincuentenario.

La historia que responde así a lo que convenimos en llamar, con un término tan vago como conveniente, la «demanda social» puede muy bien respetar todas las exigencias de la profesión. Y eso comprende, claro está, la historia que se imparte en las aulas. Puede ser una buena historia, construida a partir de las fuentes y que haya tomado en consideración los últimos avances de la investigación. Puede suceder incluso que sea también científicamente pertinente, que renueve los problemas a plantear o la documentación a utilizar. En cualquier caso, resulta importante para la corporación que este tipo de historia sea llevado a cabo por profesionales: abandonar la divulgación en manos de los periodistas especializados sería tan peligroso como renunciar a la formación de los profesores de los liceos o de los colegios. No obstante, por lo general, la pertinencia científica de esta historia, y lo mismo ocurre con la que desemboca en los manuales, se puede calificar de dudosa: la vanguardia de la disciplina no suele aparecer en esas prácticas.

Con todo, las cuestiones científicamente relevantes, aquellas que hacen «avanzar» la disciplina, no están desprovistas de una pertinencia social, ya sea de forma directa o indirecta. Aunque la relevancia social no funda la pertinencia científica, puede acompañarla con fortuna. Así, por ejemplo, la historia de la formación profesional en Francia presenta hoy en día un interés tan vivo en el plano social como en el científico. ¿Cómo se constituyó en este país, y sólo en él, una pujante enseñanza profesional? ¿Por qué Francia escogió formar a los obreros en la escuela? Cuestiones como éstas interesan a los mismos profesionales, pero también a patronos, sindicalistas y políticos, puesto que nos aclaran la evolución actual y nos guían en las decisiones que se deban tomar. Pero no

¹⁰ A partir de 1940, Vercors, situada en la zona libre, se convierte en lugar de refugio, en particular para las víctimas de la discriminación del régimen de Vichy. Con su ocupación en noviembre de 1942, los montes de Vercors devienen un activo núcleo de la resistencia. Sin embargo, la señal para la lucha llegará con el desembarco de los aliados. Así, a principios de julio declaran libre su territorio y hacen ondear la bandera tricolor de la República. El 21 de julio los alemanes envían quince mil hombres sobre el macizo en armas. Tras una semana de encarnizados combates, las tropas de ocupación vencen la resistencia y ocupan salvajemente la población. (*N. de los T.*)

por ello interesan menos a los historiadores, que esperan comprender mejor la articulación entre evolución técnica, relaciones sociales en el puesto de trabajo, estructura de las ramas profesionales o relación de las empresas con el Estado. Tuve la oportunidad de llevar las pruebas de imprenta de mi *Histoire de l'enseignement* a mi editor, en el bulevar Saint-Michel, el 11 de mayo de 1968, es decir, a la mañana siguiente de la noche de las barricadas. Recuerdo haber experimentado un sentimiento de utilidad social al haber intentado insertar lo que hasta entonces era una historia puramente institucional dentro de lo que llamábamos una historia social..., al menos de acuerdo con las preguntas científicas presentes en aquella época. No podemos excluir que se den eventualidades tan felices como ésta, pero tampoco nadie las puede garantizar.

Así pues, que coincidan la pertinencia social y la científica no es sólo una cuestión de oportunidad: si bien el azar puede echarnos una mano, lo cierto es que los historiadores, como individuos y como grupo, no son ajenos a la sociedad en la que viven; las preguntas que se hacen, incluso cuando las juzgan «puramente» históricas, están iluminadas con los problemas del presente. Por esa razón y por regla general, acaban siendo interesantes para la sociedad en el seno de la cual se han formulado.

Historicidad de las preguntas históricas

Toda pregunta histórica está planteada, pues, *hic et nunc*, por un hombre que pertenece a una sociedad. Aunque quiera darle la espalda y conferir a la historia una función de puro conocimiento desinteresado, no puede evitar ser hijo de su tiempo. Toda pregunta surge de algún lugar concreto. La conciencia de la historicidad de los puntos de vista del historiador, así como de la consiguiente necesidad de rescribir periódicamente la historia, es uno de los rasgos característicos de la propia constitución del pensamiento histórico moderno, el que se desarrolla a finales del siglo XVIII, como R. Koselleck nos ha mostrado. Bastará con citar a Goethe: «El contemporáneo de un tiempo progresivo es conducido a puntos de vista desde los que el pasado se puede apreciar y juzgar de una forma nueva»¹¹. De este modo, cada época impone su perspectiva a la escritura de la historia.

¹¹ Citado por R. Koselleck, *Le Futur passé*, pág. 281 (trad. esp., pág. 313. Y también la página 191, en la que el traductor en castellano varía su versión del mismo texto: «El que disfruta de una época que progresa es conducido a un punto de vista desde el que puede abarcar y enjuiciar lo pasado de una forma nueva»).

Plantearse, por ejemplo, la cuestión de la historia de una familia, de su genealogía, de sus alianzas, estudiar un rey y su reino, tenían sentido en la Edad Media, cuando los cronistas estaban a menudo bajo la protección de los príncipes, y en el Antiguo Régimen. El propio Voltaire inició su obra histórica con una *Historia de Carlos XII* (1731) y la continuó con *El siglo de Luis XIV* (1751). Pero los tiempos están cambiando, y percibimos que el interés del historiador se centra más en las modificaciones que se dan en las costumbres o en las leyes que en los reyes o sus cortes. Eso es lo que Guizot, en muchos aspectos un heredero de la Ilustración, llamará, ya en plena Restauración, la «civilización».

Con Augustin Thierry y Michelet nos situamos en pleno romanticismo. La historia se centra ahora en el pueblo como héroe colectivo, da cabida al detalle pintoresco, al «color local», y privilegia hasta cierto punto una Edad Media que por entonces evoca el estilo «trovadoresco». Una cuestión que hizo época fue la de los orígenes francos de la nación francesa, que se interfiere con la de los orígenes de la nobleza e incorpora la de la sociedad estamental y la de la Revolución. Por lo demás, ya se ha señalado la importancia de este contexto para la historia del siglo XIX.

Los propios miembros de la escuela metódica, con su pretensión de escribir una historia puramente científica despojada de contingencias sociales, se plantearon temas como la nación y las instituciones, es decir, las grandes cuestiones políticas de aquel tiempo. Es necesario tener en cuenta que la victoria de 1918 había hecho que la República fuera impermeable a otro tipo de preguntas. Y estas cuestiones, económicas y sociales, coinciden con las preocupaciones de una época caracterizada por la crisis económica y la lucha de clases. Labrousse, que fue abogado y que más tarde, en 1920, sería periodista de filiación comunista, se atrevió con los orígenes económicos de la Revolución en el momento mismo en que la crisis económica de 1930 estaba minando la sociedad francesa¹².

Esta configuración histórica cambia en los años 70. Ya se ha señalado más arriba la influencia que en ella ejerce el contexto intelectual, con la aparición de las nuevas ciencias sociales y el estructuralismo. Pero es necesario que tengamos en cuenta también el retroceso del marxismo, la crisis del movimiento obrero y la emergencia del indivi-

¹² Se refiere a *La Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien régime et au début de la Révolution*, Paris, PUF, 1990 (1944), que era su *Thèse principale présentée pour l'obtention du doctorat* (1943). (N. de los T.)

dualismo. Es también la época del Movimiento de Liberación de la Mujer, de la interrupción voluntaria del embarazo, del derecho de voto a los dieciocho años y, en consonancia, la nueva historia se plantea cuestiones tales como el sexo, la muerte o la fiesta.

Ciertamente, se trata de concordancias globales y, en este grado de generalización, no es arriesgado afirmar que existe una relación entre las preguntas que se formulan los historiadores y el momento histórico que viven. Pero esa conexión es aún más directa, como ya hemos visto en el caso de Labrousse. Por otra parte, eso ya era evidente para el autor del «*petit Lavis*»¹³: no es baladí que este cantor de la identidad nacional se interesara precisamente por la historia de Prusia bajo Federico II justo en el momento en que Bismarck triunfaba y la unidad alemana amenazaba a Francia, puesto que refleja la existencia de un vínculo directo entre las cuestiones históricas y su contexto.

Pero muestra también la relación estrecha que existe entre la pregunta del historiador y el hombre que la plantea.

EL ARRAIGO PERSONAL DE LAS PREGUNTAS HISTÓRICAS

El peso de los compromisos

Nadie se asombra al ver a un antiguo ministro de Hacienda, apartado momentáneamente de la política, dedicar su tiempo libre a escribir un libro sobre *La Disgrâce de Turgot*: cierto es que en ese estudio histórico se adivina la justificación de su, por entonces, última singladura política. Ahora bien, los historiadores profesionales difieren poco de ese aficionado con talento que fue Edgar Faure¹⁴: lo que ocurre es que los compromisos de aquéllos son menos evidentes y sus implicaciones en la vida política menos directas. Pero tampoco esto se da en todos

¹³ Con esta designación, Prost se refiere al manual de historia que Lavis redactara para Primaria y que fue empleado por millones de escolares desde principios del siglo XX y que llevaba por título *L'Enseignement de l'histoire à l'école primaire*, Paris, Armand Colin, 1912. (N. de los T.)

¹⁴ E. Faure (1908-1988), *La Disgrâce de Turgot*, Paris, Gallimard, 1961. Ocupó en diversas ocasiones, entre 1952 y 1958, distintos ministerios de corte económico con René Pleven, Henri Queuille, Joseph Laniel y Pierre Mendès-France, así como las carteras de Justicia y Asuntos Exteriores, aunque ambas brevemente. Fue primer ministro en 1952 con Vincent Auriol y en 1955 con René Coty, presidente de la Asamblea Nacional entre 1973 y 1978, así como senador y académico a partir de 1980. (N. de los T.)

los casos. Si observamos con detenimiento las cuestiones por las que ellos se interesan, quizá nos sorprenda el peso de sus compromisos o, por el contrario, su indiferencia.

En cualquier caso, no se trata de una característica nueva. Tomemos el ejemplo de Charles Seignobos. Lo mejor de su obra histórica es un gran manual destinado a la enseñanza superior, los cuatro volúmenes de la *Histoire de la France contemporaine*, que cubren el periodo que va del Segundo Imperio a 1918: una historia política muy contemporánea. Hijo de un diputado republicano de Ardèche, de tradición protestante, fue un militante dreyfusiano muy activo. Más tarde, presentaría una petición contra la ley de los tres años y mantendría un comité «pacifista» en 1917¹⁵. ¿Cómo no ver en todo ello un vínculo entre su compromiso y la historia que escribe?

Esta relación es evidentemente mucho más directa en el caso de los historiadores contemporaneístas que en otros. Así ocurre, por ejemplo, con aquella generación de historiadores que otorgó plena legitimidad científica a la historia obrera, con C. Willard (los guesdistas), M. Rebérioux (J. Jaurès), R. Treppe (los mineros de Carmaux), M. Perrot (la huelga), J. Julliard (F. Pelloutier): es también la generación de la Liberación, la que conoció al Partido Comunista en su apogeo y la que, en unas ocasiones incorporándola y en otras distanciándose de ella, se adhirió a la causa del movimiento obrero. Los historiadores actuales del comunismo, como A. Kriegel o P. Robrieux, incluso han tenido responsabilidades en el seno del partido. Es decir, lo han conocido por dentro y de ese modo transfieren a sus análisis históricos ese conocimiento directo de las costumbres comunistas¹⁶.

¹⁵ Se refiere a la ley que amplió la duración del servicio militar a tres años. La norma tuvo gran repercusión en Francia y, de hecho, la izquierda incluyó su derogación en el programa con el que ganó las elecciones de 1914. (N. de los T.)

¹⁶ Además del texto ya citado de Treppe, se refiere a los siguientes libros: C. Willard, *Jules Guesde, l'apôtre et la loi*, París, L'Atelier, 1991; M. Rebérioux, *Jaurès et la classe ouvrière*, París, L'Atelier, 1989; Jean Jaurès, *la parole et l'acte*, París, Gallimard, 1991; *Jaurès et les intellectuels*, París, L'Atelier, 1994; y *Jaurès*, París, Gallimard, 1994; M. Perrot, *Jeunesse de la grève (France 1871-1890)*, París, Seuil, 1984; y J. Julliard, *Fernand Pelloutier et les origines du syndicalisme*, París, Seuil, 1985. En cuanto a Kriegel y Robrieux, véanse Annie Kriegel (1926-1995): *Le Congrès de Tours (décembre 1920), naissance du Parti communiste français. Édition critique des principaux débats...*, París, Julliard, 1964; *Les communistes français. Essai d'ethnographie politique*, París, Seuil, 1968 (*Los comunistas franceses*, Madrid, Villalar, 1978); y Guillaume Bourgeois (col.), *Les Communistes français dans leur premier demi-siècle, 1920-1970*, París, Seuil, 1985; *Ce que j'ai cru comprendre*, París, Robert Laffont, 1991; Eugen Fried, *Le grand secret du PCF*, París, Seuil, 1997. Philippe Robrieux, *Histoire intérieure du Parti communiste*, París, Fayard, 1980-1984, 4 vols. (N. de los T.)

Del mismo modo, los historiadores del catolicismo o del protestantismo son a menudo seguidores convencidos de sus respectivas confesiones. Entre ellos, como entre los historiadores del comunismo, uno puede encontrar trófugas, sacerdotes en conflicto con su Iglesia que piden retornar a su condición laica. Pero también hay fieles cuyas competencias o cuyo nombre son utilizados por su Iglesia.

El tercer y último ejemplo sobre la historia contemporánea se refiere al auge actual de la historia judía. Ya esté referida al antisemitismo del régimen de Vichy o al genocidio y los campos de concentración, ha sido hecha por historiadores cuyas familias fueron víctimas de esa persecución.

Sin embargo, sería erróneo creer que sólo los historiadores que se ocupan de épocas más recientes son tributarios de sus compromisos. Ése es también el caso habitual de quienes, por ejemplo, estudian la Revolución francesa. El primer titular de esa cátedra en la Sorbona, Aulard, fue un agregado de letras cuya formación se adecuaba al puesto menos que su convicción. Más cercano en el tiempo, un Soboul, por ejemplo, no ocultaba su condición de comunista¹⁷.

Cierto es que no todos los historiadores están comprometidos de ese modo. Ahora bien, su interés profesional por la evolución de la colectividad es un factor que favorece el compromiso. Éste, a su vez, suele ser más frecuente dentro de la corporación que en el segmento de población que tiene ese mismo nivel cultural. Eso no significa prejuzgar el sentido de tal compromiso que se da entre historiadores de distintas filiaciones, ni supone tampoco que sea automático: hay grandes historiadores que eligieron precisamente no comprometerse con el fin de consagrarse enteramente a su disciplina. Ésta fue la elección de los *Annales*. En *L'Étrange Défaite*, M. Bloch se interrogaba de este modo: «A la mayoría sólo nos queda el derecho a decir que fuimos buenos obreros. ¿Pero hemos sido siempre buenos ciudadanos?»¹⁸. Haciendo coherente su vida con sus palabras, M. Bloch se comprometía con la Resistencia a pesar de sus cincuenta y cinco años para encontrar el final que es de sobra conocido. Mientras tanto L. Febvre continuaba los *Annales* contra el

¹⁷ Si bien tanto Albert Soboul (1914-1982) como su obra son bien conocidos entre nosotros, no ocurre lo mismo con François-Alphonse Aulard (1849-1928). De este último, además de la condición citada por Prost, cabe decir que fundó la Société de l'Histoire de la Révolution y la revista *Révolution Française*. En ese sentido, su obra más representativa fue la *Histoire politique de la Révolution française: origines et développement de la démocratie et de la République, 1789-1804*, París, A. Colin, 1909. (N. de los T.)

¹⁸ M. Bloch, *L'Étrange Défaite*, París, Albin Michel, 1957, págs. 217-218.

consejo de aquél y Labrousse aceptaba, a título provisional, impartir los cursos de la Sorbona que el estatuto de los judíos le prohibía dar al primero. En la obra de M. Bloch, L. Febvre o F. Braudel, por hablar sólo de los muertos, uno no aprecia cuál es el compromiso social que nutre su investigación. Pero, volviendo sobre la cuestión, ocurre que el compromiso, que en cierto sentido es una experiencia social irremplazable, dista mucho de ser la única forma que el historiador tiene de implicarse como persona en las preguntas que se plantea como profesional.

El peso de la personalidad

En cualquier oficio «intelectual» interviene la propia personalidad de quien lo desempeña. Nadie dedica días o años a estudiar filosofía, literatura o historia a menos que tengan un significado personal. No creo que podamos ser buenos historiadores sin una pizca de pasión, signo a su vez de una fuerte apuesta personal. El arraigo existencial de la curiosidad histórica explica la constancia en la investigación, el dolor que el historiador siente y también —admitámoslo— el placer, las alegrías que en ocasiones nos proporciona este oficio.

Los psicoanalistas tendrían algo que decir al respecto. Seguramente el inconsciente emerge a través de la obra de cada historiador. Ape nas contamos con estudios sobre este particular. Sin embargo, yo señalaría el *Michelet* de Roland Barthes: la fascinación visible de ese historiador de raza, por ejemplo, nos remite a algo mucho más profundo. En cualquier caso, el historiador establece una relación íntima con su objeto, a través de la cual afirma progresivamente su propia identidad. Al examinar la vida y la muerte de los hombres del pasado trabaja también sobre su propia vida y su propia muerte. El desplazamiento de sus curiosidades a medida en que se hace mayor es también la historia de una identidad personal. Ésta es la razón del interés recientemente otorgado y de forma un tanto narcisista a la egohistoria.

De ahí la necesidad de una toma de conciencia, de una elucidación, algo que es muy evidente cuando existe un compromiso político, religioso o social. El conocimiento íntimo que nos otorga en relación con el objeto de estudio constituye un activo irremplazable: si conocemos desde dentro cómo ocurren las cosas en el seno del grupo que analizamos, ese saber nos sugerirá hipótesis, nos orientará en relación con los documentos y con los hechos, sobre los que quizá un observador externo apenas habría reparado. Pero el riesgo de ser parte interesada, favorable u hostil, el riesgo de defender una causa o alegar

contra ella, no es menos evidente. La pasión nos ciega, pues nos mueve la voluntad de probar la culpa y la razón, de denunciar la perversidad y la maldad, o de celebrar la generosidad y la lucidez. Si no reconoce la voluntad que lo anima cuando ajusta cuentas o repara daños, el historiador corre el riesgo de aceptar precipitadamente, sin el cuidado necesario, hechos a los que concederá una importancia excesiva. Como todo, el conocimiento íntimo que se emprende en nombre del compromiso personal entraña también un peligro. Permite al historiador ir más rápido y más lejos en la comprensión de su objeto, pero asimismo puede apagar su lucidez por la efervescencia de los afectos.

El público traduce generalmente esta dificultad diciendo que a los historiadores les falta «perspectiva». Sería necesario hasta cierto punto esperar a que la historia se enfriara antes de tomarla. Sin embargo, es esto una simplificación. El bicentenario de la Revolución nos ha demostrado que dos siglos no son suficientes para enfriar las pasiones. Los propios historiadores de la antigüedad invisten en ocasiones sus trabajos con cuestiones muy contemporáneas. No se comprendería la energía empleada bajo la Tercera República para estudiar a Demóstenes y la resistencia ateniense frente a Filipo de Macedonia si no se percibiera que, tras las figuras de ese rey conquistador y esa ciudad griega, se adivinan los perfiles de Bismarck y de la República francesa.

Es verdad que la historia necesita de «perspectiva». Pero ésta no se consigue automáticamente cuando uno se aleja en el tiempo, y no basta con esperar para que finalmente se dé. Es necesario hacer la historia del tiempo presente de un modo profesional, a partir de documentos y no de recuerdos, para lograr la distancia justa. En ese sentido, como ha señalado Robert Frank, la historia del presente no podría ser una historia inmediata¹⁹: es necesario romper la inmediatez de la actualidad y, para eso, el historiador debe tomarse su tiempo para elaborar las mediaciones que se dan entre el presente y la historia. Eso supone que ha de aclarar sus implicaciones personales. Por su parte, los historiadores republicanos de principios de siglo no tenían la prevención que algunos expresan hoy en relación con el pasado más cercano²⁰. La pers-

¹⁹ Robert Frank, «Enjeux épistémologiques de l'enseignement de l'histoire du temps présent», *L'Histoire entre épistémologie et demande sociale*, pág. 164.

²⁰ Georges Weill, por ejemplo, publicó en 1909 en Alcan una *Histoire du catholicisme libéral en France 1828-1908*, que aún se conserva bien. El último tomo de la *Histoire de la France contemporaine* de Seignobos, publicada en 1922, se detiene en el Tratado de Versalles. Hoy en día, pasaría por temerario quien publicara una obra que llegara hasta las elecciones del año inmediatamente anterior...

pectiva no es, pues, una distancia en el tiempo que debamos tomar como requisito para que la historia sea posible. Es la propia historia la que crea su perspectiva.

Pero esclarecer las implicaciones personales del historiador no sólo es necesario para quien hace una historia «candente» o del tiempo presente, es una exigencia en cualquier caso. Como dijo H.-I. Marrou, citando a Croce, «toda historia es historia contemporánea»:

todo problema auténticamente histórico (lo que Croce oponía a la «anécdota» producto de una pura y vana curiosidad) aunque sea conceniente al más remoto pasado, es todo un drama que se desarrolla en la conciencia de un hombre de hoy: es una cuestión que se plantea el historiador tal cual es él mismo, en la «situación» de su vida, su ambiente, su tiempo²¹.

Si descuidamos la inserción de las preguntas históricas dentro de la conciencia de un historiador situado *hic et nunc* nos exponemos a engañarnos a nosotros mismo. De todos modos, esta observación no es nueva, y fue señalada por Bradley en 1874:

No hay historia sin prejuicio; la auténtica distinción es la del autor que los tiene sin saberlo, y que, además, pueden ser falsos, y la del autor que ordena y que crea conscientemente a partir de bases que conoce y que fundamentan lo que para él es la verdad. Es tomando conciencia de su prejuicio como la historia comienza a convertirse en realmente crítica y como se distancia (en la medida de lo posible) de las fantasías de la ficción²².

Los historiadores no comprometidos, aquellos que se pretenden puramente científicos, son quizá quienes corren más peligro, puesto que puede faltarles lucidez sobre su propia posición. Esto es así porque, en este caso, no sienten la misma necesidad de preguntarse sobre la motivación que les mueve. «Uno tiene derecho a hacerlo todo, a condición de saber lo que hace», recoge la sabiduría popular; pero el historiador nunca se dedica sólo a la historia. H.-I. Marrou, que fuera un gran investigador del catolicismo antiguo, especialista en San Agustín, a la vez que un católico convencido y un militante de izquierda, formuló perfectamente esta exigencia.

²¹ De la *connaissance historique*, pág. 205 (trad. esp., pág. 152).

²² Francis H. Bradley, *Les Présupposés de l'histoire critique*, pág. 154.

HENRI-I. MARROU: ESCLARECER LAS RAZONES DE LA CURIOSIDAD

La honradez científica pareceme que exige al historiador que, mediante un esfuerzo previo de toma de conciencia, defina la orientación de su pensamiento y explice sus postulados (en la medida en que ello sea posible); que se muestre en acción y nos deje asistir a la génesis de su obra: por qué y cómo ha escogido y deslindado su tema; lo que buscaba en él y lo que ha encontrado; que nos describa su itinerario interior, porque toda investigación histórica, si es verdaderamente fecunda, implica un progreso en el alma misma de su autor: el «encuentro de lo otro», los asombros, las sorpresas al ir descubriendo, se la enriquecen y transforman. En una palabra, que el historiador ponga a nuestra disposición todos los materiales que una introspección escrupulosa puede aportar a lo que, con términos tomados de Sartre, proponía yo que llamáramos su «psicoanálisis existencial».

De la connaissance historique, pág. 240 (trad. esp., pág. 175).

Eso que H.-I. Marrou llama un «psicoanálisis existencial», ese trabajo de elucidación de las motivaciones, es de hecho una *catarsis*, una purificación, una depuración. En ese sentido, no es un pasatiempo o un medio de sustento. Es más bien, en cierto sentido, una ascesis personal, la conquista de una liberación interior. La distancia que crea la historia es así también una distancia en relación a uno mismo y a sus propios problemas. Se advierte aquí, pues, la profunda seriedad de la historia. Ciertamente es un saber, pero también un trabajo de cada uno sobre sí mismo. Resulta demasiado pobre decir que es una escuela de sabiduría. Al escribir la historia, el historiador se crea a sí mismo. Michelet lo expresó, al terminar su obra, de forma penetrante:

JULES MICHELET: MI LIBRO ME HA CREADO...

Mi vida estuvo en este libro, transcurrió en él. Ha sido mi único acontecimiento. Pero ¿no es peligrosa esta identificación entre libro y autor? ¿No está la obra coloreada con los sentimientos, con el tiempo, de quien la hizo?

Lo vemos siempre. No hay retrato, si se pretende exacto, conforme al modelo, en el que el artista no haya puesto un poco de sí mismo (...).

Si eso es un defecto, hay que reconocer que nos ha rendido un buen servicio. El historiador que está desprovisto de ese rasgo, el que pretende suprimirse escribiendo, el que pretende no estar presente, el que va por detrás de la crónica contemporánea (...), no es en absoluto un historiador (...).

Al penetrar cada vez más en su objeto, lo aprecia y así lo observa con un interés creciente. El corazón dotado de clarividencia ve miles de cosas que resultan invisibles para la mayoría. La historia, el historiador se mezclan en esta mirada. ¿Es eso bueno? ¿Es malo? Opera allí una cosa que no describimos y que debemos revelar.

Con el transcurso del tiempo, la historia hace más al historiador que éste a aquélla. Mi libro me ha creado. Yo soy su obra. Este hijo ha engendrado a su padre. Si surgió de mí en un principio, de mi tormentosa (de mi aún turbada) juventud, me ha correspondido dándome fuerza e iluminación, incluso calor fecundo, potencia real para resucitar el pasado. Si nos parecemos, bien está. Los rasgos que ha heredado de mí son en buena medida los que le debía, los que yo recibí de él.

Prefacio de *Histoire de France*, ed. de 1869, en J. Ehrard et G. Palmade, *L'Histoire*, págs. 264-265.

Así pues, no resultaría razonable que tratando de evitar un extremo fuéramos a caer en su contrario. Si bien todo historiador, incluso aquel que se percibe más «científico», se halla personalmente comprometido con la historia que escribe, eso no significa que haya de concebir su discurso como simple opinión subjetiva, fruto de sus humores, reflejo de un inconsciente rebosante. Es precisamente para alcanzar una mejor racionalidad por lo que el historiador debe aclarar sus implicaciones. Poner el acento en el sujeto-historiador no debe difuminar los objetos de la historia, a menos que queramos renunciar a proponer un discurso que si es socialmente pertinente es porque descansa en unas razones determinadas. Philippe Boutry ha señalado el peligro de la «hipertrofia del sujeto-historiador»:

...mientras el *ego* del historiador ocupe en solitario el lugar en el que antaño, como ingenuidad propia de la edad del cientifismo, reinaba el *hecho* bruto, un cuestionamiento más o menos radical de la capacidad de la razón humana para extraer cualquier verdad del conocimiento del pasado significa rechazar en bloque los grandes modelos explicativos para deleitarse lúdicamente con la experimentación sistemática a partir de hipótesis e interpretaciones infinitamente «revisadas». Como maestro del juego, el historiador parece haber perdido en ocasiones la percepción sobre lo que es importante en su dis-

ciplina —que no sería otra cosa que la inteligibilidad, para cada sucesiva generación, de la memoria conservada de los hombres, de las cosas y de los nombres que ya no existen²³.

La pregunta del historiador debe, pues, dirigirse de lo más subjetivo a lo más objetivo. Profundamente enraizada en la personalidad de quien la formula, sólo se plantea en relación con los documentos en los que pueda hallar la respuesta que busca. Inserta en determinadas teorías, o quizá siguiendo simplemente las modas que recorren la profesión, desempeña a la vez una función profesional, una función social y una función personal más íntima.

Este análisis de la cuestión, en que se basa la seriedad de la historia, nos da una primera respuesta a la recurrente pregunta sobre la objetividad. Ésta no puede proceder de la perspectiva adoptada por el historiador, pues se halla necesariamente situado, es decir, es necesariamente subjetivo. El punto de vista de Sirio²⁴ no existe, al menos en historia. De loco cabría calificar a quien así lo pretendiera: sería sólo el reconocimiento de su definitiva ingenuidad. Más que de objetividad, mejor sería hablar de imparcialidad y de verdad. Ahora bien, éstas no son sino metas conquistadas laboriosamente por el esfuerzo del historiador. Aparecen al término de su trabajo, no al inicio. Lo cual refuerza la importancia de las reglas del método.

²³ Philippe Boutry, «Assurances et errances de la raison historique», en *Passés recomposés*, pág. 67.

²⁴ Sirio o Sirio es, como se sabe, la estrella más luminosa de todo nuestro cielo. Por ello, en muchos pueblos, fue un elemento capital para la elaboración del calendario. Su mención es habitual en numerosos relatos mitológicos, mágicos y religiosos. Por tanto, dada su centralidad, el punto de vista de Sirio o Sirio es el punto de vista objetivo por excelencia. (*N. de los T.*)